

I

Hugo avanzaba a toda prisa por las estrechas calles de la ciudad, resbaladizas por la humedad y el abandono. La mañana era fría y desolada, envuelta en una bruma que parecía devorar los últimos vestigios de vida. No había almas vagando por aquel lugar, solo el lúgubre sonido de las campanas y los débiles lamentos que se filtraban desde las casas a ambos lados del camino.

Sin perder tiempo, llegó a su destino. Las imponentes puertas de madera de la iglesia al interior del convento Santa Margarita del Silencio estaban cerradas. Aprovechó el momento para ajustar su mascarilla, empapándola con vinagre desde una botellita que sacó del bolsillo. Con un gesto rápido, se apartó de la frente el cabello rizado y oscuro, ya húmedo por el sudor. Luego, se enfundó los gruesos guantes de cuero y acomodó la larga túnica de lino que lo envolvía. Con firmeza, golpeó la puerta, asegurándose de que su llamado resonara en el interior.

La puerta se abrió ligeramente, dejando escapar el lastimero sonido de las oxidadas bisagras, como si protestara por ser forzada a moverse. A continuación, apareció un hombre calvo, con pequeños lentes que descansaban sobre su nariz. El individuo lo observó de arriba a abajo como si estuviera evaluando meticulosamente si cumplía con todos los requisitos necesarios para ingresar a ese lugar.

—Llegas justo a tiempo, Hugo —dijo finalmente el hombre con voz grave y autoritaria—. Será mejor que entres.

—Sí, maestro Raymond —respondió Hugo.

Aferró con fuerza la correa de su bolso y, con la cabeza gacha, se deslizó con agilidad al interior. El lugar estaba ligeramente iluminado por el titilar del vaivén de las llamas de las velas. Las ventanas, selladas con gruesas tablas, convertían el lugar en una prisión, donde ni la luz ni el mundo exterior podían penetrar. Siguió a su maestro a pocos pasos de distancia. Estaba vestido con su mismo uniforme. No era una coincidencia; esa indumentaria era su única defensa contra lo que habitaba en aquel lugar.

Atravesaron la nave de la capilla en silencio, sus pasos resonando en la inmensidad del templo hasta llegar ante una imponente estatua de Cristo crucificado, tallada en madera oscura. Hugo inclinó la cabeza y se persignó, un movimiento automático, casi instintivo.

—Hugo —dijo Raymond mientras se acercaba a una puerta tras el altar—, eres uno de mis estudiantes más destacados. Por eso te he traído aquí.

—Me siento halagado, maestro —respondió Hugo, aunque la intriga se notaba en su voz.

Raymond no era alguien dado a los elogios. Nunca desperdiciaba palabras en felicitaciones, pero sí en reprimendas y correcciones severas ante el más mínimo error. Alzó su mano izquierda, cortando las palabras de Hugo antes de que pudiera continuar. Acomodó sus anteojos sobre el puente de la nariz. El reflejo del fuego en los cristales ocultaba su mirada.

—Como estarás enterado —continuó después de una pausa—, desde hace algunas semanas una extraña enfermedad se ha propagado entre el pueblo. No es común que tantas personas caigan al mismo tiempo, y lo peor de todo es que nuestros tratamientos no parecen hacer efecto.

La seriedad de Raymond provocó que Hugo tragara con dificultad, y su mano apretó con más fuerza la correa de su bolso que cruzaba por su hombro. Asintió sin pronunciar palabra alguna para no interrumpir a su maestro.

—Lo que hay detrás de esta puerta es desconocido y peligroso. Los que se encuentran allí están en una situación aún más desesperada. Te pido que seas prudente con lo que estás a punto de presenciar.

Un escalofrío recorrió la espalda de Hugo. La advertencia de uno de los médicos más renombrados de Marsella no podía tomarse a la ligera. Un fuerte deseo de huir lo invadió, pero, al mismo tiempo, su curiosidad por comprender lo que sucedía en la ciudad lo mantenía inmóvil, con los pies firmemente plantados en el suelo, a la espera de cruzar la puerta a la que su maestro lo condujo. Asintió una vez más para señalar que estaba preparado.

Sin decir palabra, ambos cruzaron hacia la habitación contigua.

II

Las intensas lluvias en otoño eran raras, pero no imposibles. Nadie esperaba un diluvio así hasta bien entrado el invierno. Todo parecía fuera de lugar en los últimos días. Arnaud estaba más solo que nunca, atrapado en la penumbra de su hogar. Sentado en una vieja silla de madera, apoyaba los brazos sobre la mesa mientras desmigajaba la última hogaza de pan que le quedaba. Con un gesto cansado, llevó un trozo a la boca y lo masticó sin entusiasmo. El sabor era distinto, extraño.

La guerra había sido implacable desde que Eduardo III de Inglaterra conquistó la ciudad fortificada de Calais un año atrás. Obligado a huir, Arnaud cruzó Francia en busca de refugio. Su vida como carpintero quedó enterrada en el pasado.

—¿Algún día construirás una casa para mí? —le preguntaba su esposa con esa dulzura en la voz que siempre lo desarmaba.

—Por supuesto, amada mía —respondía él con tono firme pero lleno de ternura, atrapado por su encanto—. Será la más grande de toda Francia.

No pudo cumplir aquella promesa.

Los ingleses no tardaron en bloquear los accesos al puerto, cerrando el paso a cualquier suministro. Pronto, el hambre se convirtió en el peor enemigo de los habitantes de Calais. Los víveres comenzaron a escasear, y con cada día que pasaba, la esperanza de resistencia se desmoronaba. Arnaud hizo todo lo que estuvo a su alcance para mantener con vida a su esposa y a sus dos hijos; sin embargo, cada amanecer era más incierto.

Cuando la rendición de Calais se volvió inevitable, tras un año de asedio, las tropas inglesas finalmente cruzaron las murallas de la ciudad. Aunque Eduardo III prometió clemencia para la mayoría de los habitantes, sus soldados no mostraron la misma misericordia. Los más débiles fueron los primeros en sufrir su brutalidad. Saquearon, violaron y mataron sin remordimiento alguno.

Arnaud jamás pudo olvidar aquella noche. Tres soldados irrumpieron en su hogar con violencia, como bestias sedientas de caos y destrucción.

—¡Fuera de mi casa! —desafió Arnaud, pronunciando las palabras con dificultad debido a su desconocimiento del idioma de los invasores.

Los soldados estallaron en carcajadas y, en un instante, desenvainaron sus espadas. Uno de ellos, empuñando un garrote, golpeó a Arnaud en el hombro, derribándolo al suelo con un fuerte impacto. Otro soldado se adelantó con rapidez hacia su esposa. Con brusquedad, la cogió del cabello y con su espada no tardó en cortar su vestimenta para dejarla completamente desnuda. Los gritos de la mujer se entremezclaban con sus sollozos de desesperación, pero era claro que no podía evitar lo que estaba ocurriendo. El mayor de los hijos, desesperado, se lanzó hacia su madre, buscando protegerla a toda costa. La espada silbó cortando el aire, un grito ahogado se escuchó y, en un instante, el suelo se tiñó de rojo.

Arnaud, aturdido y adolorido, intentó levantarse del suelo, pero su cuerpo lo traicionó. No pasaría mucho tiempo antes de que su segundo hijo sufriera el mismo destino. El cadáver de su pequeño yacía inerte en el suelo. Arnaud lo miró fijamente, sus ojos vacíos reflejando la muerte misma. Un grito desgarrador escapó de su garganta, un lamento de desesperación y profunda tristeza nacida de un dolor que nunca antes había conocido.

La noche alcanzó su punto más sombrío cuando, frente a los ojos de Arnaud, los soldados infligieron una humillación aún más cruel a su esposa. El sufrimiento de verla despojada de su dignidad en un miserable acto carnal quebró su cordura. Un grito de desesperación brotó de su garganta, pero antes de que pudiera hacer algo, un golpe del garrote lo dejó tendido sobre el suelo, cubierto por la sangre derramada de sus hijos. Los soldados, indiferentes a su sufrimiento, continuaron su brutalidad hasta estar satisfechos para luego culminar apagando la vida de su mujer con el acero.

Aunque Arnaud no comprendía el inglés, pudo entender claramente el mensaje que el hombre del garrote pronunció: «Bienvenido al infierno». Antes de que pudiera reaccionar, un golpe brutal lo dejó inconsciente. Cuando despertó, se convirtió en una sombra de lo que fue.

Arnaud vomitó la hogaza de pan que había estado masticando durante los últimos minutos. El robusto carpintero de manos firmes y espalda fuerte que una vez fue, ahora parecía un extraño. Era un hombre débil, famélico, enfermo, consumido por la tos y la fiebre.

Una extraña rata subió a la mesa donde descansaba. Su pelaje negro destacaba, y sus ojos rojos, intensos y brillantes, reflejaban la tenue luz de la

última vela, como si emitieran un resplandor propio en la oscuridad. El animal, como si no notara su presencia, se acercó al pan duro que Arnaud intentaba comer. Con esfuerzo, levantó la mano para intentar ahuyentarla, pero al hacerlo, notó algo inquietante: sus dedos parecían haber adoptado el mismo color del pelaje de la rata. El animal ignoró la comida y, con un feroz mordisco, se lanzó hacia el dedo de Arnaud.

—Condenado animal —exclamó, levantándose de la silla al sentir el dolor de la mordedura.

Buscó en la penumbra alguna herramienta con la que pudiera vengarse de la rata. Sus ojos se movían rápidamente por cada rincón de su desdichado hogar, hasta que algo lo detuvo: una figura humanoide estaba de pie en la esquina, observándolo en silencio. Arnaud intentó enfocar mejor, asegurándose de que su vista no lo estuviera engañando, pero la criatura permanecía inmóvil en el mismo lugar, observándolo fijamente con ojos rojos brillantes, similares a los de la rata sobre la mesa, pero mucho más intensos, como rubíes.

—¿Quién eres? —preguntó Arnaud con voz temblorosa, apenas capaz de salir.

No hubo respuesta.

Arnaud, con el corazón acelerado, analizó la figura que había invadido su hogar en esa lluviosa noche. Poco a poco, los detalles se hicieron más claros, y cada vez que intentaba verlo mejor, la sensación de horror aumentaba. Fue entonces cuando, paralizado por el miedo, se dio cuenta de que lo que tenía frente a él no era humano. Lentamente, la entidad avanzó hacia él. Sus largos brazos se balanceaban con cada paso, en un movimiento antinatural. Su cuerpo, delgado y desnudo, estaba cubierto de parches de pelo negro y manchas similares a las que habían aparecido en las manos de Arnaud. Lo más aterrador se reveló cuando la luz de la vela iluminó su rostro: una corona grotesca hecha de ratas muertas, con sus cuerpos rígidos y enredados entre sí como si estuvieran fundidos en una única y espantosa diadema. Sus ojos brillaban con una intensidad aún mayor y su sonrisa delataba una grotesca colección de dientes amarillentos, afilados y dispuestos a desgarrar todo a su paso. El antiguo carpintero quedó petrificado. Aunque cada fibra de su ser le imploraba huir, sus piernas se negaban a responder. Un dolor lacerante se extendía por sus axilas y su ingle, mientras su piel adquiría un tono negruzco cada vez más intenso.

Protuberancias repulsivas emergían de su carne, palpitando con un ardor insoportable. La debilidad lo consumía, pero aun así intentó moverse hacia la puerta para salir del lugar. No llegó lejos. Su cuerpo cedió por el dolor y se desplomó antes de alcanzarla.

La criatura avanzó seguida por un ejército de ratas negras que emergieron de la oscuridad. Arnaud, aterrorizado y confuso, comprendió que su hora había llegado. Desde la masacre de su esposa e hijos, la muerte siempre había rondado su mente. Había imaginado de mil formas su fin, pero jamás a manos de un ser tan monstruoso. Resignado, se entregó a su destino.

Con un sutil movimiento de su mano de dedos largos con afiladas garras, la aberración desató la carnicería. Como una sombra hambrienta, las ratas se lanzaron sobre Arnaud, arrancando con furia cada pedazo de carne hasta que no quedó más que el eco de su agonía.